

que conduzca a la conquista de todo el país. La antigua Grecia no ha tenido nunca una gran capital central, como la encontramos en Egipto y Lidia, con los nombres de Menfis y Sardes respectivamente. Solo han podido llegar los griegos a un dualismo, determinado por sí mismo, y a este tenor se desarrolla su historia nacional en formas muy marcadas, desde la época de Pericles hasta el fin de la confederación etólica.

Los motivos por los cuales creó de nuevo ese dualismo grandes masas de ciudades ó de partidos griegos, son muchos y distintos, como nos lo mostrará la historia. Desde un principio luchan entre sí los griegos del interior y los del litoral y de las islas; contienda que encontramos también después de la guerra de Persia entre las ciudades constituidas aristocráticamente y las que adoptaron una forma democrática. La naturaleza del país había trazado forzosamente a los griegos las diversas direcciones que en su vida social debían recorrer. Durante muchos siglos preponderó en las mas antiguas razas de este pueblo, la vida pastoril entre los habitantes de las altas montañas, y la vida agrícola entre los de las llanuras; hasta que los pescadores de las costas y de las islas conocieron el verdadero valor de la magnífica configuración de la costa griega y su vocación marítima; y sobre todo hasta que la fuerza náutica del griego marino pudo igualarse a la actividad propia de los habitantes del interior. Pero todavía pasó mucho tiempo sin que los helenos se dejasen dominar por las aficiones marítimas que les han caracterizado posteriormente.

En el apogeo de Grecia, se ofrece el espectáculo de que,

correspondiendo a la variable naturaleza del país, no solo encontramos gran variedad en la formación de las agrupaciones políticas, sino que la vida social se ha desplegado en ellas tomando incomparable variedad de formas. Junto a la casi primitiva vida de las razas pastoriles del Epiro, y de los cleftas de la Etolia, junto a la lujosa caballería de la nobleza de Tesalia y Beocia, florecen en las grandes metrópolis de la Grecia asiática, el comercio y la industria, no menos que los albores de la ciencia y la poesía en toda su esplendor. La existencia de los vinicultores, de los labradores y de los pescadores de las Cícladas; las comodidades que ofrece la Elide; la tosca vida de los pastores y de los agricultores de Arcadia, presentan el mas notable contraste con el rumor guerrero de los bélicos campos de Laconia, con el giro mercantil de Corinto y con las poderosas corrientes de la vida pública de Atenas, de esa ciudad en la cual se armoniza la actividad náutica, poderoso auxiliar del comercio, con las artes plásticas y la oratoria.

Tal como se nos presenta la vida histórica de los griegos, completamente distinta de la de los demás pueblos orientales, nos da una prueba mas de que el país en el cual se crió el pueblo que debía acabar, en el curso de los acontecimientos históricos del globo, por rechazar a los persas, no puede compararse en modo alguno en superficie con ninguno de los grandes Estados de Oriente: el área del territorio griego, desde el Olimpo al Tenaro, incluso el Epiro y las próximas islas, vendrá a tener unas 1,500 millas cuadradas, de las cuales 400 corresponden al Peloponeso y 40 a Atica.

CAPÍTULO II

PELASGOS, AQUEOS Y HELENOS

I. Pelasgos.—II. Influencia de los fenicios en los pelasgos.—III. Pelasgos y aqueos.—IV. Época heroica.—V. Tradiciones de los héroes.—VI. Los aqueos.—VII. Los antiguos Estados griegos.—VIII. Época de los aqueos.

I.—PELASGOS

Si tenemos en cuenta la antigüedad de la nación griega, observaremos que este pueblo tardó mucho en escribir la historia de su país, quedándonos, además, escasos fragmentos de los trabajos de sus mas antiguos cronistas. Por esto al tratarse de la mas antigua historia de Grecia, debemos limitarnos, especialmente en cuanto se refiere a la formación de la raza helena y al estado de los griegos primitivos, a un número determinado de noticias sueltas, y a algunas conjeturas de historia positiva; por lo menos hasta que la ciencia helénica viene a nuestra ayuda. En cambio las narraciones populares se han conservado desde época muy remota, en un gran número de mitos, leyendas y tradiciones que han sido transmitidas, en el transcurso de los siglos, de una en otra raza, por medio de poéticas composiciones. A materiales tan escasos y difíciles, la moderna ciencia, al tratar de conocer los rasgos fundamentales de la antigua historia griega, reune, por medio de sus investigaciones, los medios auxiliares que le proporcionan el conocimiento de la historia antigua de otras naciones, la filología, la etnografía, y especialmente la historia de los pueblos de Oriente que, mucho antes que los griegos, alcanzaron un elevado grado de cultura.

Como nos hemos propuesto tratar sumariamente de la

historia primitiva de Grecia hasta llegar a la era de las Olimpiadas, resumiremos en pocas palabras lo que acerca de este período tenemos que decir.

El pueblo griego, tal como le conocemos durante el largo período que media desde que floreció la fuerte y brillante nobleza de los llamados aqueos, hasta la inmigración de los pueblos eslavos en la edad media bizantina, pertenece a la gran familia de los pueblos indo-germánicos, y tiene, bajo el punto de vista etnográfico, muchas afinidades con los antiguos itálicos que encontramos después en la península de los Apeninos. La patria primitiva de los primeros griegos debemos buscarla naturalmente en el apartado Oriente.

Nada positivo se ha descubierto hasta ahora que pueda aclarar la duda de si sus distintas razas al pasar a Grecia, encontraron allí una población mas antigua que fuese por ellos sometida, destruida ó expulsada.

El camino que siguieron los antiguos griegos del Asia para llegar al país de las montañas y de las llanuras a que solemos dar el nombre de Grecia, es todavía, como la mayor parte de lo acontecido hasta la guerra de Persia, dudoso y objeto de controversia. Lo mas probable es que esta emigración a la península griega se llevó a cabo, desde el Norte, por etapas sucesivas. No es verosímil la opinión que sostiene que las masas reunidas de los griegos llegaron al Danubio por el mar

Negro, pasando desde allí a la península del Balkan, ó que por lo menos una parte de las razas griegas y sus próximos descendientes recorrieron el Asia menor, y después de haber dejado algunos de sus miembros en las orillas occidentales anatólicas, atravesaron los estrechos de aquende y allende la Propóntide y se establecieron en dicho país. La investigación científica no ha obtenido hasta ahora resultados ciertos acerca de las luchas que la multitud emigrante al país que mas tarde debía llamarse Grecia, tuvo que sostener con los pueblos salvajes que, como los tracios y los ilirios, encontramos dominando, en tiempo menos confuso, en la mitad de la península del Balkan.

Solo de positivo se sabe que, en los mas remotos tiempos de la historia griega, se estableció en el extenso territorio que se extiende entre el Tenaro y la Macedonia oriental, y en una parte de las islas cercanas al continente, especialmente en Eubea y en las hoy llamadas islas Jónicas, un gran grupo de pueblos, dividido en stirpes mas ó menos numerosas, y esencialmente homogéneos, que podemos designar bien y brevemente como griegos primitivos, y que en aquel tiempo histórico se denominaron comunmente pelasgos. Es muy dudoso que los griegos se dieran este nombre a sí propios; es también objeto de duda si el nombre de pelasgos era el general, junto al cual existían otros muchos nombres locales, como sucede en Alemania con los prusianos, hesenses, suabos, sajones, bávaros, etc.; ó si el nombre propio y especial de un pueblo pelasgo se hizo gradualmente extensivo a las demás razas que no lo eran en el sentido estricto de la palabra. Sin embargo, nos parece mas probable la opinión segun la cual la denominación de pelasgos, que significa simplemente *los antiguos*, se aplicó a los mas antiguos griegos, cuando las razas civilizadas que dominaron con el nuevo nombre de helenos se hubieron unido estrechamente en lo que a nacionalidad y religion se refería. Esta opinión está íntimamente relacionada con el modo de comprender el origen de la nación griega tal como lo hemos aceptado.

Sin internarnos en pormenores sobre las diversas conjeturas y discusiones que se han suscitado sobre este punto, diremos en gracia de la brevedad, que se nos presentan una en frente de otra dos opiniones. La una pretende ver en los helenos posteriores un pueblo completamente distinto del de los pelasgos; ya sea que estos participasen del origen semítico de la raza caucásica; ya sea que perteneciesen al grupo de los pueblos ilirios, ascendientes de los actuales skypetaros ó albaneses, y fuesen vencidos, y su nacionalidad usurpada y finalmente absorbida completamente por los arios helenos que se establecieron en su país. No participamos en modo alguno de esta opinión; seguimos la otra que no reconoce, por regla general, una diferencia etnográfica profunda y esencial entre los pelasgos, los aqueos y los helenos. Somos de parecer de que se debió hablar menos de los pelasgos, aqueos y helenos, y mas de los griegos en los períodos que pueden llamarse pelasgo, aqueo y heleno.

La manifestación del modo como los griegos pasaron del estado de la época pelásgica al de la aquea, y de como posteriormente sus razas mas idóneas se desarrollaron durante esta última, nos da en seguida ocasión para resumir en pocas palabras las fases mas importantes de su primitiva historia.

El período pelásgico nos muestra todavía a los mas antiguos griegos en estado primitivo, algo rudos, pero ya no propiamente bárbaros, conservando, entre otros rasgos salvajes, aun después de la época aquea, y en determinados sitios, las horrorosas costumbres de los sacrificios humanos. Una diferencia se presenta también en los antiguos griegos que habitaban el territorio de los arios hasta los Alpes laconios, entre

algunas razas que ya habían pasado de la vida pastoril y cazadora, a la agricultura y a tener morada estable, y otras, muy preponderantes aun, que se dedicaron al pastoreo y residieron principalmente en las elevadas montañas. Estos últimos representaron durante algun tiempo entre los antiguos griegos el elemento semi-nómada ó por lo menos movedido, y están todavía dispuestos, cuando las circunstancias lo exigen, a retirarse de sus residencias para adquirir, luchando, otras nuevas y a llevar la inquietud y la agitación a los mismos territorios civilizados. Esta presión la ejercieron principalmente los pueblos del Norte que en los oscuros siglos de la antigüedad griega fueron mermando el territorio poseído por los pelasgos, y cuyos instintos de robo encontramos tan a menudo durante la guerra de Persia y los períodos posteriores. Entre ellos citaremos los ilirios que habitaban al Occidente de la península del Balkan, en especial frente al Epiro y a la Macedonia del Noroeste; y los rudos pueblos tracios y otros bárbaros, cuyo paso imprimió luego, particularmente en Macedonia, una abigarrada fisonomía etnográfica.

En cuanto a las muchas islas del mar Egeo, fueron ocupadas por un pueblo extranjero, especialmente cario, que llegó hasta muy cerca de los límites del país que habitaban las antiguas razas griegas.

La vida de los antiguos griegos agricultores y pastores consistió evidentemente por espacio de mucho tiempo, en un sistema de relaciones patriarcales en extremo sencillas: el buey y el caballo fueron conocidos y empleados para el tiro de las carretas y de los arados. Su mayor riqueza consistió, durante gran número de años, lo mismo que entre los moresos antes de su levantamiento en nuestro siglo contra los osmanlies, en la posesión de grandes rebaños; los cerdos, las ovejas y las vacas constituían los preciosos bienes de los agricultores griegos, cuyos corrales y manadas estaban custodiados por robustos perros; y los pescadores recorrían ya las rizadas olas del mar que forma, al internarse en el continente, millares de ensenadas. En todas partes se encuentran reyes, ó mejor caudillos que gobiernan las numerosas tribus; y que son los guías de las razas, que tomaban de ellos su origen.

La religion tenía por base esencial el culto de las fuerzas de la naturaleza. Las divinidades, comprendidas de un modo completamente personal, pero no modeladas plásticamente, se adoraban sin templos y sin imágenes y no duraron mucho tiempo, siendo desechadas, cuando los griegos abandonaron su mas antiguo estado para entrar en otro completamente distinto. Figuran entre ellas: Zeo, dios del cielo; Dione, diosa de la tierra, que poco después fué sustituida por Hera; Demeter, la madre de la tierra, el espíritu protector de la agricultura y de la vida ordenada; Hestia, el espíritu protector de los sacrificios del fuego y de los animales; Hérmes, el veloz mensajero del cielo, el que empuja las nubes y cuida los rebaños; Poseidon, dios de las aguas; y finalmente la deidad oriental Aidoneo ó Hades.

Ignórase completamente cuánto tiempo permanecieron tranquilos los griegos en el oscuro y legendario estado pelásgico; y los momentos que, en cien parajes y de un modo muy tangible, dieron en Grecia el impulso a una interior conmoción y a un poderoso movimiento, de los cuales resultó la formación de la caballeresca, lozana y esplendente nación de los aqueos.

II.—INFLUENCIA DE LOS FENICIOS EN LOS PELASGOS

En primer lugar debemos recordar aquí la influencia que en el joven pueblo griego, rico en acontecimientos y en estremo flexible, ejercieron las civilizadas comarcas orientales,

influencia que fué importada por los fenicios. Los atrevidos navegantes de aquella nación semítica habían descubierto ya, desde la primera mitad del siglo trece antes de Jesucristo, el archipiélago del mar Egeo y habían comprendido el valor que para el comercio y la industria tenían sus ricas y florecientes ciudades, entre las cuales descollaba por aquel entonces Sidon. En la isla de Chipre se habían levantado ya, desde el siglo catorce y primera mitad del trece antes de Jesucristo, algunas ciudades nuevas, como Sicione y Amatunta. Poco tiempo después, en 1300 antes de Jesucristo, se apoderaron también los fenicios de las islas de Rodas y Creta, en extremo ricas, y perfectamente situadas para el objeto que les guiaba. En ambas islas se han encontrado, mucho después del período helénico, huellas de la colonización fenicia. Creta, cuya posición natural incomparable causa aun hoy día admiración a los viajeros europeos, fué especialmente una base esencial de operaciones y un fuerte punto de refugio en el mar Egeo para la dominación fenicia, cuyas leyes se han reunido después en el mito griego bajo la forma de Minos. La colonización de los fenicios se extendió más allá de Creta y Rodas, convirtiéndose muy pronto una porción de islas del mar Egeo en magníficas factorías de los comerciantes semitas, que desde ellas encontraron por un lado el camino del mar Egeo, y por otro avanzaron hacia las costas de la Tracia y hacia las playas del continente, que eran, para los fines que les movían, puntos de excepcional importancia. Algunas islas, como Samotracia, Thasos, Thera, Oliarios y Melos, fueron durante mucho tiempo residencia de los colonizadores fenicios, y cuando estos avanzaron hasta el continente, cayeron en su poder pequeñas islas poco apartadas de la costa, como Minoa, junto a Megara, y Citeres, junto a Laconia, y establecieron, además, renombradas factorías en el mismo continente griego. Por eso ostenta el Atica evidentes huellas del contacto con los colonizadores fenicios: Tébas, ó por mejor decir, la fortaleza Cadmea, célebre en los mitos griegos por la leyenda de Cadmo, parece haber sido una de las bases principales de su colonización, como lo fueron también Acrocorinto y quizá el litoral de la Élide.

Grecia fué muy estimada por los fenicios; pues los comerciantes de esta nación que llegaron al golfo Pagaseo, al estrecho de Eubea, al golfo de Argos y a la Laconia, no solo encontraron allí un mercado cómodo para los productos de su propia industria y de la babilónica, á cambio de los cuales adquirían lana, pieles y esclavos, que se proporcionaban también por medio del robo; sino que hallaron también territorios marítimos y costaneros muy ricos en productos naturales, que los fenicios sabían estimar muy bien y elaborar perfectamente. Allí encontraron los minerales de cobre de Chipre, en Argólida, las minas de oro de Thasos y de la costa de la Tracia, cuyo valor aumentaba considerablemente con la gran riqueza de las aguas tesálicas, del estrecho de Eubea y especialmente del golfo de Argos y Laconia; y las conchas de púrpura, tan estimadas en aquel tiempo y cuya secreción era muy apreciada en las costas griegas, principalmente en Citeres, y en las atrincheradas factorías.

Los fenicios dominaron sin dificultad y por espacio de muchos años en las costas de Grecia y dejaron profundas huellas en la tradición y en la mitología de aquel pueblo. Las formas religiosas del pueblo mercantil semítico, especialmente Baal-Melcarte, Molok y los Cabires, han ejercido notoria influencia en los mitos, en las tradiciones de los héroes y aun en el culto de los griegos. No menos conocido es el origen de la Venus Afrodita, descendiente de la licenciosa y cruelmente lasciva Aschera-Astarté de los fenicios, trasformada y ennoblecida, sin duda, por el idealismo de los griegos. Inme-

diatamente después del desarrollo político de los griegos, estos, que siempre se habían distinguido por su talento y por lo refractarios que eran á toda superioridad extranjera, sintieron la influencia de la civilización, por medio de la cual los fenicios, que cerca de 1200 años antes de Jesucristo habían posado su fuerte planta en los territorios nuevamente descubiertos, se habían introducido entre los griegos. Trascurió, naturalmente, mucho tiempo sin que estos pudiesen imitar á la raza fenicia, especialmente en lo que á la parte técnica se refería; lo contrario aconteció respecto de la actividad é idoneidad náuticas, y al arte de atrincheramientos del pueblo sidonio, que muy pronto fueron comprendidas é imitadas por el griego, que después tomó asimismo provechosas lecciones de aquél, en lo concerniente á adelantos agrícolas, mineros y de construcción, á la escritura, medidas y pesas babilónicas, y en una palabra á los impulsos civilizadores de toda clase.

Además de la influencia marítima encontramos otros motivos, que por un lado avivaban el espíritu, todavía dormido del pueblo griego, y por otro despertaban su carácter guerrero y caballeresco.

En el trascurso del tiempo no faltaron en el interior conmociones intestinas, pues la misma naturaleza del país griego fomentaba la contraposición entre varias razas, y especialmente entre la de las llanuras y la de las montañas. En cuanto apareció tal contraposición, no faltó el eterno compañero de las inclinaciones humanas, el deseo de dirimir las contiendas por medio de la espada, que en su mayor desarrollo constituye la guerra. La nueva conmoción que en el continente griego iba á verificarse, fué producida por los rapaces instintos de las salvajes tribus pastoriles de las montañas, las cuales atacaban á algunas de las establecidas en las llanuras y en las costas, que gracias á la agricultura y á su trato con los fenicios, habían alcanzado un grado de prosperidad, al cual daba la ingénita codicia del robo el pomposo nombre de riqueza. Las nuevas investigaciones han demostrado la hostilidad constante que existía entre los salvajes dorios y los magnetas; entre los tesalios y los lapitas; entre los flegios del Parnaso y los civilizados habitantes del valle del Copai; entre los de Orcomene y los de Cadmea; y finalmente, entre los feroces palántidas y los labradores del Ilioso y del Cefiso, en Atica. Tampoco pudieron haber faltado, con el trascurso de los siglos, contiendas entre los pueblos de las montañas; y si en los antiguos tiempos helénicos las disputas entre las ciudades arcadias sobre aprovechamiento de las corrientes de agua, la marea y la regulación de las inundaciones, pudieron ser causa de combates sangrientos, no debieron de escasear tampoco los bélicos encuentros aun entre las comunidades en aquel entonces civilizadas. Hasta es objeto de controversia la cuestión acerca de si el prolongado contacto con los fenicios debió impulsar gradualmente á los antiguos habitantes á cruzar las armas con aquel pueblo semita.

III.—PELASGOS Y AQUEOS

Con la inauguración de una época guerrera, tomó rápidamente la fisonomía de los antiguos estados griegos un carácter completamente distinto. De pronto se presentan algunos momentos históricos que han determinado y caracterizado con creciente fuerza la vida pública de los griegos, y que después, con el ruido de las armas y con el clamor salvaje de los audaces marinos y de los guerreros que se regocijaban en las batallas, han amortiguado el carácter fundamentalmente patriarcal y agrícola que durante el período pelásgico encontramos dominando en la antigua Grecia.

La necesidad que luego se dejó sentir de asegurar, así en

el continente como en las posesiones marítimas, las personas y los bienes, contra los atrevidos merodeadores, fué causa de la creación de plazas fuertes. Todavía conservó durante mucho tiempo la madre patria su predilección hacia la vida del campo, á excepción de algunos cantones, cuando ya florecía en el territorio de la Grecia asiática colonial gran número de esplendentes ciudades; y por eso en los antiguos tiempos se cubrió la Baja Grecia de gran número de *Larissas* (1). Pronto se aprendió también el arte de atrincherar, por medio de unas murallas formadas con gruesas piedras, las alturas dominantes que ofrecían seguro refugio cuando se aproximaban los enemigos. Todavía se conservan restos de estas construcciones en sus distintos grados de desarrollo, habiendo únicamente desaparecido las primitivas. Esos colosales castillos, ó por mejor decir, esas masas de piedra del mundo antiguo, en las cuales las rocas estaban toscamente apiñadas entre sí, y sostenidas únicamente por la ley de la gravedad, parecieron á los griegos de la época helénica una incomprensible obra del diablo.

Como modelo de dichas construcciones ciclópeas, que así se llaman esos monumentos de la antigüedad, aunque muy léjos de la forma de esa clase de arquitectura, que mas adelante encontraremos en Micene, citaremos el castillo de Tirinto en Argólida, que aun hoy se conserva en su mayor parte. A setenta piés del suelo, y sobre una colina cuya cima tiene una superficie de 900 piés de largo por 300 de ancho, se levanta, sobre peñascos, una muralla, todavía sin torreonos, que no forma una masa maciza de piedras, sino que está cruzada interiormente por pasillos, y que aunque tiene aparentemente 25 piés de espesor, solo cuenta 15. A ambos lados de este muro macizo corren pasillos ó galerías de cinco piés de anchura, cubiertas y sin ventanas al exterior, y delante de esta masa habia probablemente en la antigüedad una línea de defensa externa. Las mayores piedras de los muros de Tirinto tienen de siete á diez piés de longitud. Estas fortalezas que los griegos aprendieron á construir gradualmente y cada vez mejor del modelo fenicio, anuncian un desarrollo bastante significativo.

En toda la historia de los griegos, hasta la última batalla destructora romano-helénica, que se dió en el istmo de Corinto, se nos presenta la distinción entre la ciudadela, esto es, la acrópolis, la ciudad alta y la ciudad baja. Poco á poco van apareciendo en el período ante-helénico algunas poblaciones pequeñas é independientes al pié de las montañas-castillos; pero todavía, dentro del período helénico, tiene mayor importancia la ciudad alta, que domina pintorescamente los puertos y las radas que accidentan las extensas costas. En ella se establecen los santuarios, habita el rey, se alza la casa del concejo, y á menudo también se encuentran las viviendas de los nobles. Y así como al principio la ciudadela, siempre bien defendida, servía para asegurar la prosperidad de la ciudad baja, después el apoderarse de ella fué el primer paso que dieron los demagogos que aspiraban á convertirse en tiranos en los tiempos anteriores á la guerra persa, como hicieron los jefes de banda á la aparición de Alejandro el Grande. Con los castillos surge en la antigüedad griega la nobleza de las armas, la antigua nobleza griega. La feroz é impetuosa conmoción que hizo de los caudillos patriarcales caudillos guerreros, y que obligó á los pelasgos á tener siempre al alcance de su mano las hondas, las espadas, las lanzas y los dardos, originó en las familias, de un modo análogo al que encontramos en otros pueblos vigorosos, cierta clase noble y superior que, despreciando los trabajos agrícolas, se dedicaba

(1) Larisa se llamaba, según la tradición, una hija de Pelasgo, que dió su nombre á muchas ciudades griegas, fundadas por el pueblo pelásgico.
(N. del T.)

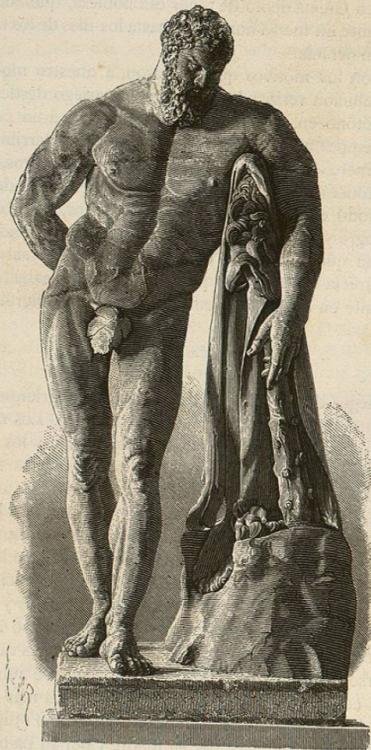
con preferencia á la profesión de las armas y se encontraba en condición de seguir tales inclinaciones, gracias á una posesión anterior ó posterior conquistada por medio de la lucha. La historia griega nos demuestra la extraordinaria significación que en Grecia debió de tener esa nobleza, que aumentó gradualmente en fuerza numérica, hasta los días de los tiranos y de la democracia.

Tales son los motivos que causaron, á nuestro modo de ver, la evolución verificada por el pueblo griego desde el estado monótono en que lo tenían los pelasgos, á un período salvaje, tempestuoso y abundante en escenas terribles. El sol de Homero, el cielo eternamente azul de los griegos, alumbraron entonces, durante muchas generaciones, como después en el período eslavo y de los antiguos turcos, un teatro en que la sangre y las llamas constituían los colores fundamentales; hasta que por fin se calmaron las oleadas salvajes y entró la Grecia en la época aquea, bella, poética, caballeresca, y abundante en atrevidas aventuras y en hechos heroicos.

IV.—ÉPOCA HERÓICA

Los griegos dan el nombre de heroico al sangriento período de transición del estado pelásgico al aqueo. Los mitos y las tradiciones que la memoria de la raza griega y los poetas de aquella época han conservado, ofrecen el mas variado aspecto. Por un lado se han dado nombres locales ó semi-divinos, á varias personas que representan gloriosos hechos acaecidos en la tierra, y se han trasladado á la historia las leyendas concernientes á estas divinidades; por otro lado, la legendaria raza de aquel pueblo dotado de imaginación tan viva fué muy aficionada á concentrar los recuerdos y á acumular los acontecimientos de una época en esta ó aquella personificación, formando un círculo de tradiciones que, con el trascurso del tiempo y el posterior desarrollo se aumenta y amplifica con la mezcla de otros elementos. La mas colosal creación de esta especie es Hércules, hijo de Zeo (Júpiter) y de Alcmena, descendiente por su madre y por su padre mortal Anfítrion, de la raza de Perseo. Además de Micene y Argos, á cuya mitología perteneció originariamente, lo adoptaron gradualmente todas las razas griegas y lo incluyeron en el número de sus mitos. Así que ese cazador celeste de las nubes, quizá concebido en un principio como un espíritu subalterno de Hera, consorte de Zeo; ese sagitario nocturno, adorado primeramente en la Argólida, fué trasplantado á la tierra y convertido en héroe de los griegos: cada territorio lo introdujo poco á poco en el círculo de su mitología, atribuyéndosele gran número de legendarias hazañas, que debieron de ser tomadas de todos los grupos de los héroes de Grecia. Con el trascurso de los siglos se ensanchó mas su círculo mitológico; no solo le atribuyó el pueblo gigantesco obras, especialmente la de la desecación de los pantanos de los cantones; no solo se reconoció que habia adquirido en los siglos pasados un título jurídico á la posesión de aquella comarca del Peloponeso que posteriormente los dorios, durante la dominación de los Heráclidas, conquistaron, sino que aun se le engrandeció con nuevos atributos igualándose su culto al de Baal y Melcarte de los fenicios. Hércules, en sus viajes, llegó hasta las orillas del Océano, y á esto se debe que muchas de las ciudades coloniales griegas, que después vemos alzarse en los territorios occidentales del Mediterráneo, le hayan aclamado como su fundador mitológico. Finalmente, la inteligencia y el idealismo de los griegos supieron hacer de Hércules, divinidad á la cual estaban consagrados los gimnasios y los circos, un ideal moral, la imagen de la fuerza que sube al cielo por la fatiga, por el trabajo, por la lucha, por el desprendimiento y por el propio esfuerzo.

Clara y determinada es también la forma del héroe jónico Teseo, que posteriormente ha llegado á ser el héroe que en el mismo sentido opusieron los atenienses á Hércules, y



Hércules Farnesio

cuya historia es una mezcla de elementos completamente mitológicos, romántico-caballerescos y positivamente históricos.

V.—TRADICIONES DE LOS HÉROES

La tradición griega, como la de otros pueblos indo-europeos, se muestra muy inclinada á atribuir á sus más celebrados héroes las más atrevidas empresas, así terrestres como marítimas. En estas narraciones, hábil combinación de mitos y tradiciones, se han engarzado, con el trascurso de los siglos, otras cada vez más aventuradas, á medida que adelantaban los conocimientos geográficos; y la historia fabulosa dotó á sus magníficas creaciones de asuntos siempre nuevos, gracias primero á la poesía épica y después á la dramática de los griegos.

Entre todos esos hechos heroicos, conquistó el mayor renombre la llamada expedición de los Argonautas, mito naturalmente simbólico que, arraigándose en el culto de la fuerza de la luz, se localizó y trasformó primero en una tradición, y luego fué agregado al sangriento culto de Júpiter Lafístios de los minios de Yolcos, en el golfo Pagaseo, culto procedente de los fenicios, y aumentado con los recuerdos de las antiguas correrías marítimas de la raza tesálica.

Las tradiciones de la guerra de los Siete contra Tebas, dan una idea salvaje y terrible de lo que era la antigua enemistad entre las razas griegas, ya entonces bastante civilizadas.

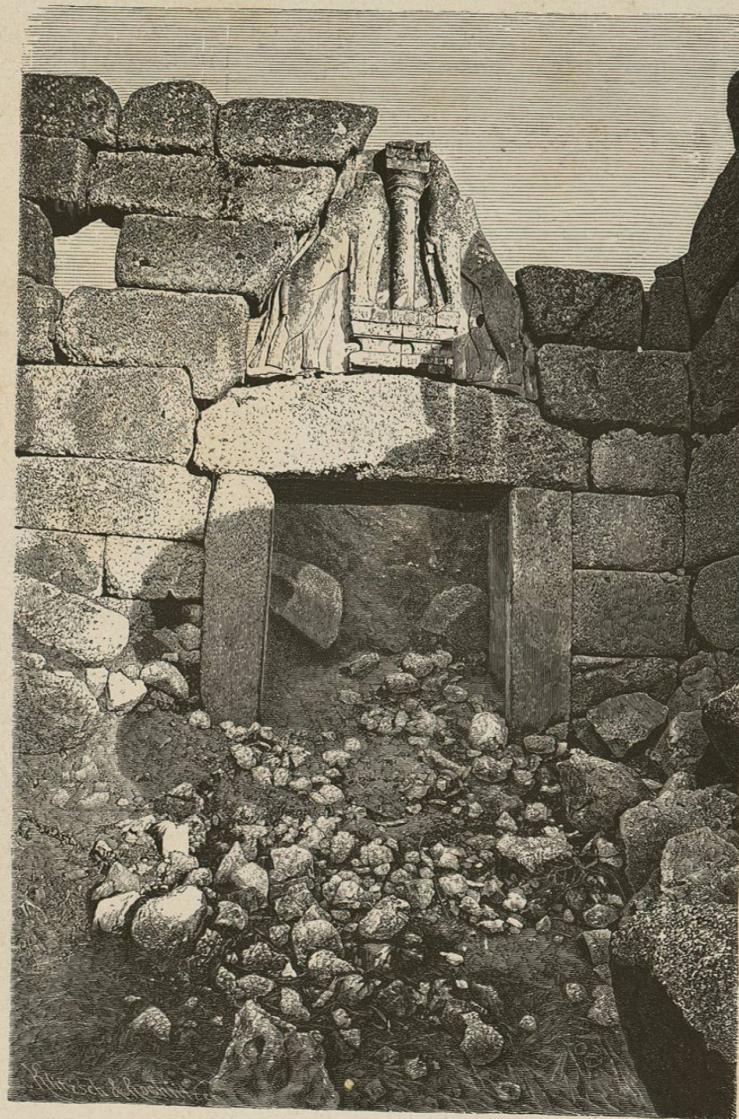
Entre las magníficas narraciones poéticas aparece la pretendida hazaña de los griegos, conocida con el nombre de la Guerra de los diez años, guerra que antes del período helénico, y antes de que aconteciese la inmensa conmoción política que ocasionó la emigración de los dorios, los héroes griegos relativamente más modernos, llevaron á cabo sus antecesores contra Troya ó Ilión, que se extendía por la costa Noroeste del Asia menor. Sin embargo, la investigación científica, como ha demostrado uno de los más laboriosos arqueólogos modernos que ha registrado con infatigable constancia la tierra de la Troade y sus antiguos monumentos, no ha podido todavía aclarar el fundamento de esta admirable tradición.

VI.—LOS AQUEOS

Para terminar, resumiremos lo que puede verosímilmente aceptarse como resultado histórico de las investigaciones modernas sobre el estado real de los griegos al terminar el citado tiempo heroico. Preséntansenos en primer lugar, la opinión que cree reconocer en el gran número de mitos y tradiciones, el comienzo de la transición del antiguo estado pelásgico al tiempo heroico aqueo; en que aquellos nombres locales con que eran conocidas las personificaciones de los objetos de la naturaleza (ríos, montañas, calidad del terreno, etc.), como por ejemplo, Inaco, Eurotas, Licaon, Cranaos, Piasos y otros, desaparecen para dejar paso á los nombres caballerescos y guerreros. La primera manifestación exterior de fuerza que hicieron los griegos, después que salieron del estado pelásgico, fué el sacudimiento de la presión fenicia, la oposición á la influencia que este pueblo ejercía en su vida y en su culto, por lo menos en el continente incluso el Peloponeso. Esta conmoción parece haberse llevado á cabo, según los cálculos de un moderno investigador, entre los años 1500 y 1100 antes de Jesucristo. A pesar de esto, la bandera sidonia ondeó durante mucho tiempo en el mar Egeo, y es considerado como inestimable maestro y poderosa ayuda el tecnicismo del pueblo fenicio, de aquel pueblo á quien se atribuyen, especialmente en Beocia, obras importantísimas, entre las cuales figura en primera línea la desecación de los pantanos. El comercio entre los sidonios y los griegos continuó siendo muy activo durante varias generaciones.

Es esencialmente característico, en el período de mayor desarrollo del pueblo griego, que una porción de razas particulares se separaron poco á poco de la monotonía de la época pelásgica, y que después fundaron comunidades, de fisonomía muy determinada, cuya existencia afirman actualmente una porción de ruinas que tienen para la investigación gran fuerza demostrativa. Finalmente, podemos aceptar la opinión que sostiene no haber faltado, en el interior del mundo griego, durante la más antigua y borrascosa década del tiempo heroico, emigraciones y poderosos conquistadores. La irrupción de los pueblos septentrionales de raza extranjera fué, á su vez, empujada hácia el Sur por las nuevas razas griegas, siendo arrojada de su residencia más de una estirpe, á consecuencia de combates desgraciados. Reprodujéronse, también, los poderosos héroes y su descendencia, así como se reprodujeron durante la edad media en el suelo griego, á causa de las expediciones francesas é italianas, que penetraron en son de conquista en el territorio de la raza pelásgica más débil, y formaron una supremacía guerrera.

La nación belicosa y romántico-caballerescas, tal como nos la muestran los griegos en la poesía y en las tradiciones al terminar el período anterior á los helenos, suele llamarse generalmente Aquea, por más que no nos parezca verosímil que los aqueos de aquel tiempo hubiesen formado una raza poderosa



Puerta de los Leones en Micenas